

# Mis recuerdos de Guillermo de Zéndegui

Por Uva de Aragón



**S**i tuviera que describir a Guillermo de Zéndegui con un solo vocablo, diría: elegancia. Su forma de caminar, el gesto pausado con que encendía la pipa y movía las manos, la cadencia de su palabra, el ritmo de su prosa, su enfoque de la historia, transparentaban un donaire en la figura, una distinción en los modales, una aristocracia del pensamiento que lo distinguían. Y esa elegancia rigió su vida. Así como cualquiera a las páginas de *Terra nostra* (su libro sobre la presencia hispana en la Florida), o de su *Ambito de José Martí*; revisense los ejemplares de la revista *Américas* durante los años en que la dirigió; investiguese su labor como director del Instituto Nacional de Cultura y se encontrará siempre el signo de su buen gusto.

Quizás porque sobresalía del montón y estaba consciente de ello, Guillermo también tenía gran defecto: la vanidad. Compensaba, sin embargo, las hinchazones del ego, con un delicioso sentido del humor que le permitía reírse de sí mismo, y sobretodo en sus últimos años, con un ejercicio de las virtudes de su fe católica, que lo llevaron al sacrificio y a la humildad. Sus cruces --y las tuvo-- las cargó risueño y en silencio. El dolor gozosamente aceptado engrandece doblemente.

Mis recuerdos de Guillermo se remontan a mi infancia habanera. Su segunda esposa, Beatriz Lúgriz tenía con mi madre y mi tía Sara tal estrecha amistad desde que eran adolescentes en España, que al morir mi abuelo no hacían distinción entre las tres y le daban el pésame como a otra hija. Desde mi niñez, Beatriz y Guillermo fueron una especie de "tíos postizos" y su hijo Guillermito, otro primo, compañero de correrías y maldades. (El asegura que yo lo insté a robarle naranjas a un chino verdulero...) Cuando en 1960, ya en el exilio, viajamos desde Washington a México, para los trámites de la residencia, el reencuentro con los Zéndegui fue una de las mayores felicidades de aquellos años de incertidumbres y soledades.

Pocos meses después Guillermo estaba en Washington, intentando obtener una posición en la Organización de Estados Americanos.

--A mí que me dejen entrar de portero, que después yo me encargo de los demás-- aseguraba con su característica afición a la hipérbolo. Eso sí --añadía-- un portero con levita.

Como Beatriz y Guille habían quedado en México, Guillermo cenaba en casa todas las noches y animaba nuestro hogar con su presencia siempre amena. Porque otra de sus características singulares era su dominio del arte de conversar, su capacidad de embrujar con la palabra, que para él tenía muchas veces mayor valor por su sonoridad y su belleza, que por su significado. En aquellos meses Guillermo me ayudaba con mis tareas escolares, especialmente las de francés. Los fines de semana íbamos juntos al cine, al teatro, a cenar. Muchos años después comprendí lo que quizás era obvio para él: debí enamorarme de Guillermo entonces, con un amor tan puro que no siquiera me di cuenta de mis sentimientos. Que aquel hombre tan guapo y además "mayor" (ahora calculo que tenía 48 años, y estaba en su plenitud) me prestara atención, que leyera con toda seriedad mis pinnos literarios, que discutiera conmigo de igual

a igual, no sólo alivió mis inseguridades juveniles, sino que me hizo descubrir, tiempo después, otra de las virtudes de este hombre singular: su capacidad de ponerse a la altura de los demás, sin dejar de ser él mismo; o, quizás, más bien, su don de lograr que los demás se crecieran en su presencia.

Al pensar en Guillermo, no puedo dejar de recordar a Beatriz. Fue ella, en mis años en Washington, quien me enseñó cómo colocar flores en un jarrón, cómo colgar cuadros, cómo combinar un menú. Los primeros pasos, las primeras palabras de mis hijas las compartió Beatriz con deleite de abuela. Ambos, Beatriz y Guillermo, me animaron siempre en mis esfuerzos literarios, y revisaron muchas de mis primeras cuartillas. Tanto sentía aquella casona de Massachusetts Avenue como mía, que, en aquel exilio primero de pobreza y esfuerzos por salir adelante, cuando necesitábamos invitar a cenar a algún jefe o cliente importante, era a casa de los Zéndegui donde los recibíamos, con Bea y Guillermo haciendo de tíos anfitriones con tal amor y generosidad que recordarlo hoy me hace romper en llanto mientras escribo. En esa casa, donde pasamos tantos y tan buenos ratos, también despedimos a Guille cuando se fue a la guerra y allí lo recibimos cuando regresó de Vietnam, con tanto agradecimiento como orgullo.

Hablé con Guillermo por última vez hace un mes. Lo llamé a instancias de una profesora de la Universidad de La Habana que estaba de visita en FIU y deseaba verlo. Esta colega estudia el arte en la era republicana y siente gran admiración por la labor de Guillermo como Director del Museo Nacional de Arte en los años 50. Deseaba conocer a quien era para ella una especie de personaje mitológico, y quería también decirle que en Cuba había un grupo de profesores y estudiantes que reconocían los méritos de su labor cultural. Guillermo de inmediato aceptó recibirla. Lamentablemente, no pude acompañarla aquel encuentro, pero la profesora quedó encantada y regresó a Cuba con la ilusión de contar a sus colegas la inusitada y maravillosa experiencia. Piqui, la hija de Guillermo, quien fue en sus últimos años su mayor sostén y refugio, me ha contado que también para su padre el encuentro tuvo especial significación. De alguna manera, Cuba había venido hasta la puerta de su casa, apenas unas semanas antes de su muerte, a rendirle homenaje. Y él lo aceptó gustoso porque sabía bien que si "todos somos culpables" también todos somos inocentes.

Son muchos más los recuerdos que se me agolpan, mucho más lo que quisiera decir sobre el desarrollo del pensamiento de Guillermo de Zéndegui sobre la cuestión cubana, sobre su trayectoria como escritor y como figura pública. No son estos párrafos desordenados, hijos de la emoción intensa, el panegírico que merece un hombre de la talla del que ha muerto el pasado 24 de julio en el exilio. Sirvan simplemente como mi adolorido adiós a este hombre elegante y algo vanidoso, que sabía reírse de sí mismo, lúcido intelectual, cubano cosmopolita, cristiano ejemplar, quien fue para mí, tío generoso, mentor exigente juvenil amor platónico. Descansa en paz, tío Guillermo.